

EMBAJADA DE MOROS Y CRISTIANOS DE IBI

EMBAJADA MORA

CENTINELA:

¡Ah del Moro!

EMBAJADOR:

¡Ah del Castillo!

CENTINELA:

¿Qué suplica?

EMBAJADOR:

Parlamento.

(Suenan el clarín).

EMBAJADOR:

Tal vez dentro de un momento
vendrá a tierra ese rastrillo.
Nuestra la almena será
donde flota ese pendón;
pues del moro el corazón
ninguno resiste ya.

Que no hay un muro en España
guardado por infanzones
que no abatan los peones
del profeta con su saña.

Mal haya quien porfiado
osa su sangre verter
sin que pueda recoger
el lauro que ha suspirado.

Mal haya quien la esperanza
fió del Cristo al favor,
creyendo que su valor
sobre nosotros alcanza.

La Media Luna triunfante
lleva el moro donde quiera
al paso que lastimera
la Cruz cae ante el Turbante.

Nuestro es el mundo, cristianos.
Mahoma el profeta es;

donde pisen nuestros pies,
seremos los soberanos.

Guay del que intente oponer
su fuerza a nuestra valía,
pues doquier nuestra gumía
sin tregua sabe vencer.

Guarde Alá nuestro valor,
y a su noble soberano
postrado vea el cristiano
los pendones de su honor.

Medita bien, Capitán,
lo que vas a responder,
pues tu palabra ha de ser
paz o muerte a tu desmán.

Triunfadores de la tierra,
los árabes del desierto,
no perdonan, no, por cierto,
los estragos de la guerra.

O apenas hollan las flores
si les ceden la victoria;
o consiguen prez y gloria
marchando entre los horrores.

O llenarán las almenas
de esa torre de ruinas,
o con flores peregrinas
llevaréis nuestras cadenas.

Señores del mundo ya
nuestro pie debéis besar,
o esclavos veréis rodar
las cabezas por Alá.

CAPITÁN:

¿Viene de paz?

EMBAJADOR:

Guarde el Cielo
al noble adalid cristiano...

CAPITÁN:

¡Salud al mahometano!

EMBAJADOR:

¡Bendiga Alá vuestro suelo!

CAPITÁN:

Guerrero y embajador
vuestra palabra oiré
porque bien cabe en mi fe
respetar vuestro valor.

EMBAJADOR:

Yo os he visto y admirado
en cien combates luchar,
yo os he visto pelear
como caudillo esforzado.

Sois la prez de esta comarca,
sois valiente por demás;
y en vuestras huestes jamás
mi bandera oprobio marca.

Pero adversa la fortuna
hoy humilla esos pendones;
que a pesar de sus leones,
los rinde la Media Luna.

Vencido me viera ayer,
bien lo llora el corazón;
y la enseña de Aragón
flotando se vio doquier.

Y al brillo de esas espadas,
que empuñáis con bizarría,
confusas y en triste día
se postraron mis mesnadas.

Pero Alá con sus favores,
hoy nos vuelve la victoria;
y ha dado por fin la gloria
a sus fieles servidores.

¿Ni quién osa resistir
entre los pueblos de España
de mis gentes a la saña
ni su esfuerzo combatir?

Volved vos en derredor,
Capitán, vuestra mirada,
y contemplad, ¡ah!, desolada,
esta tierra de valor.

¿Qué se hicieron sus guerreros?
Sus caudillos, ¿dónde están?
¿Qué se hicieron, Capitán,
en sus manos los aceros?

Pelearon cual valientes,

y murieron como bravos;
los restantes son esclavos,
aunque no abatan sus frentes.

Luto eterno y luengo llanto
se observan en torno de vos,
tened compasión, por Dios,
de tanto horror y quebranto.

Prosternadas las cristianas
el pie besan de las moras
y son las vuestras señoras
esclavas de las paganas.

Los niños, desde su cuna,
pasaron a mi poder,
y con el tiempo han de ser
la prez de la Media Luna.

¿No escuchasteis los gemidos
de sus madres doloridas,
que enlutadas y afligidas,
os vieron huir vencidos?

¿No escucháis ese clamor
de los pueblos incendiados,
que en los templos profanados
se eleva a Dios con terror?

Las llamas brillan doquier,
caminamos entre hogueras,
quemamos vuestras banderas,
sabemos por fin vencer.

Vuestra patria ya no existe,
no tenéis ni aun un altar,
ni tierra donde cavar
una huesa pobre y triste.

Ya no hay asilos seguros
desde el uno al otro mar;
¿y aún pretendéis conservar
de Ibi los débiles muros?

Cayó Toledo en su pujanza altiva
del árabe al furor ya desquiciada;
y Córdoba y Sevilla las preciadas
en vano luchan contra el hado esquivo.

Saldaña se rindió, Murcia y Valencia
al árabe triunfante se rindieron,
y en Játiva mis huestes recogieron

de los godos impávidos la herencia.

Desde el desierto triste del Sahara
hasta Cantábrica indómita, luchando,
las huestes del profeta, conquistando
atónita la Europa contemplara.

Del rudo golpe la feroz valía
revuelta en sangre se perdió abismada
y en un indómito cuello mi pisada
sus huellas destructoras imprimía.

¿Qué os resta, ¡vive Alá! de su grandeza?
Ni altar ni patria os reservó el destino;
y vos alucinado en su camino,
del Califa insultáis la fiereza.

¿Qué es esa torre miserable y leve
para el furor que guía mi algarada?
Hueco ruin que el águila elevada
hará servir para su nido en breve.

Fuisteis bravos, lo sé; mas ya en el día
cumpliendo vuestro honor, no será mengua;
que atento a las promesas, de mi lengua
rindáis el torreón a mi valía.

Preguntad, oh soldado, al pueblo entero
a quien el luto con dolor oprime;
y oíd cuál llora y en su angustia gime
la paz pidiendo al adalid guerrero.

Mas si obstinado en la defensa intentas
mi brío resistir, por Alá juro
que de escala a mi pie para ese muro
me han de servir cabezas mil sangrientas.

En mi poder los niños, las esposas
yacen llorando esa arrogancia fiera;
la muerte si os negáis ya les espera
aunque tiernos lo son y azás hermosas.

Responded Capitán que Ibi sucumba
y acepte del Califa el poderío;
o encontrareis abierto por mi brío
para el pueblo de Ibi una ancha tumba.

(Rumores del pueblo)

UN HOMBRE CRISTIANO:

¡Nuestros hijos, señor! ¡Piedad por ellos!

CAPITÁN:

¡Silencio os digo y escuchad ahora
lo que un cristiano a la arrogancia mora
responde con honor por protegeros!

Y vos moro que, valiente,
sabéis tan bravo luchar;
vos que sabéis apreciar;
aunque enemigo inclemente,
del adversario el honor,
vos soldado y caballero,
le aconsejáis a un guerrero
que sea al fin un traidor...

Yo traidor, ¡oh!, vive el cielo,
que si fuera otro que vos,
os llamara, ¡vive Dios!
el más villano del suelo.

¡Yo traidor! ¡Yo de mi fe,
desgraciado, renegar!
¡Yo mi castillo entregar
para ollarlo vuestro pie!

Sin duda que habéis creído
al hablarme vos así,
que pensáis hallar aquí
a un vil esclavo rendido.

La España tuvo un traidor
y si el conde don Julián
cometió su atroz desmán
en su inicuo deshonor,
recordad que en esta almena
a un Guzmán de nuevo halláis;
a quien dispuesto encontráis
a no arrastrar la cadena.

Si habéis en vuestro poder
nuestros hijos desolados;
si a fuer de malos soldados
los hicieran perecer;

y si con sangre inocente
mancháis así los blasones
que los fieros corazones
repugnan tan noblemente;

matarles, moro, podéis
a la vista de este muro;
que nuestra fe, yo lo juro,
por eso no doblaréis.

Nobles mártires al cielo
por su patria se alzarán;
y a nuestro Dios rogarán
por sus padres en el suelo.

Peleáis hoy con los bravos,
con cristianos de valor,
y sepa el Embajador
que aquí no alientan esclavos.

Por la patria y religión,
por el Rey y por la fe;
florando altiva se ve
esa enseña de Aragón.

Si alcanzarla apeteceis
y arrancarla deseáis,
o entre escombros la encontraréis
o por Dios pereceréis.

Y tú, pueblo, que a temblar
no hace mucho aquí empezabas,
y por tus hijos llorabas,
dispuesto a capitular,

¿verás con inicua calma,
profanados tus altares
y elevar entre cantares
de impío triunfo la palma?

Españoles y cristianos;
teniendo el antiguo valor
¿no tembláis ante el horror
de servir a esos tiranos?

¿Juráis perecer aquí?
¿Juráis defender la fe?
Yo en vosotros confié
¿Debemos morir?

PUEBLO:

Sí, Sí.

CAPITÁN:

¿Soldado y cristiano yo,
admirando ese denuedo,
de Ibi el castillo puedo
al moro entregar?

PUEBLO:

No, no.

CAPITÁN:

Lo oísteis ya, Embajador,
ya mi respuesta tenéis;
pues aquí encontrado habéis
españoles con honor.

Guerra a muerte entre los dos.
Guerra a muerte al Musulmán:
esto os dice el Capitán;
su causa la juzgue Dios.

EMBAJADOR:

Bien el orgullo se advierte
de vuestra sangre española,
en esa respuesta sola
que dais a un caudillo fuerte.

Bien conozco al español
que altivo en sus mismas penas,
desde sus pobres almenas
alza su orgullo hasta el sol.

¿Guerra a muerte declaráis?
Pues guerra a muerte os haré
y en polvo convertiré
las murallas que guardáis.

Caiga Ibi destrozada
al choque de mis guerreros;
confúndanla sus aceros
y húndala al fin mi mirada.

¿Quién os podrá salvar
de mi venganza y furor?
En vuestro inútil valor,
¿a quién osáis invocar?

CAPITÁN:

Al que Dios de tierra y Cielo
hoy protege nuestra fe;
y cristianos hoy nos ve
sostener la fe con celo.

Y a la Virgen soberana
que oculta bajo su manto
de los suyos el quebranto
contra vuestra fuerza insana.

Dispénsanos tu favor
madre de Desamparados,
y libra hoy a tus soldados

del Mahometano furor.

Si en la demanda morimos,
como cumple a los cristianos,
y valientes a las manos
con vosotros hoy venimos;

¡San Jaime! ¡Y a la pelea!

Nuestra causa es la de Dios;
y el que venza de los dos
coronar su triunfo vea.

Si perdemos los altares
por los moros derribados,
y en los templos incendiados
no resuenan los cantares;
de Cristo la bendición
doquiera nos seguirá
y para Dios servirá
de altar nuestro corazón.

Y a la falta de altares de oro,
las tumbas serán el ara
donde el cristiano prepara
por sacrificio su lloro.

¡Cristianos! ¡A pelear!
¡Mis guerreros, a morir!
Y antes hoy que sucumbir,
luchemos para triunfar.

EMBAJADOR:

Luchemos, pues, Capitán,
bandera contra bandera,
que ya la victoria espera
por su esfuerzo al musulmán.
¡Mahoma por el creyente!
¡Guerra a Cristo y a su fe!

CAPITÁN:

Yo al impío arrojaré
la sangre sobre su frente.

PUEBLO:

¡Guerra! ¡Guerra contra el moro!

CAPITÁN:

¡Guerra! ¡A las armas volemós
y a ese pendón conservemos
su brillantez y decoro!

Y vos, Embajador,
por respuesta os llevaréis las cabezas que veréis
palpitar en derredor.

EMBAJADOR:

¡Guerra, pues! ¡Guerra y venganza!

CAPITÁN:

¡Guerra a muerte al Islamismo!

EMBAJADOR:

¡Cadenas al Cristianismo!

CAPITÁN:

¡Al pueblo fiel la esperanza!